



LAS SEÑALES DE AVISO

En la explosión de casos de corrupción que estamos viviendo, en la que no sabemos que sorpresas nos va a deparar cada día, es inevitable que nos hagamos en algún momento la pregunta del millón: ¿pero como es posible que no nos hayamos dado cuenta de lo que estaba pasando? Pues parece que la respuesta es sencilla: porque vivíamos en Babia, porque mientras podíamos vivir sin mayores agobios, podíamos encontrar trabajo, podíamos tomar unas cañas, podíamos ir al fútbol o al cine, etc. no prestábamos atención a las señales de aviso, que las había. Y en esto de las señales de aviso los que sabíamos un rato éramos los que estábamos en la lucha contra el acoso laboral. Ahora intentaremos explicarlo.

Cuando nuestra asociación comenzaba su ya larga trayectoria el hablarle a cualquiera de mobbing o acoso laboral era como hablarle en chino mandarín, y los gestos de sorpresa o desconcierto daban paso de inmediato a actitudes de sospecha sobre nuestra salud mental. Hubiera sido inútil tratar de explicarles que aquello, además de ser un atentado a nuestros derechos mas básicos, era una señal de aviso de que **algo estaba podrido en aquel entorno**. La afirmación que hoy hacemos de forma habitual, de que **el acoso es un detector infalible de corrupción**, es ahora generalmente aceptada sin mayores problemas. Y no nos engañemos, como ésta señal había otras, pero no las percibíamos o las considerábamos cosas menores, tal vez porque nosotros podíamos vivir sin demasiadas preocupaciones. Pero claro, en esto llegó la bicha, la crisis, y todo empezó a cambiar. Hoy la corrupción, que se viene gestando a partir de la transición política sin que nos diésemos por aludidos, nos estalla en nuestras narices.

Pero no vamos a analizar aquí las causas profundas de la situación que estamos viviendo, porque hay consumados analistas que lo están haciendo con mucha mas autoridad que nosotros, pero si vamos a destacar un aspecto que tiene especial relevancia y una relación muy directa con el acoso laboral. Se trata de la proliferación de la **mediocridad**, cuando no de la **incompetencia**, en todo tipo de cargos públicos.

El pasado día 25/10/2014 se publicó en el diario El País un artículo titulado *“No reina el mérito sino la rencilla académica, la envidia y la maledicencia”*, cuyo autor, el doctor en filosofía Luis Fernando Moreno Claros, expone su visión de la situación de nuestras universidades. No es novedad que nosotros, a partir de algunos casos de mobbing, hemos reiterado nuestra opinión de que nuestras universidades son ineficientes, endogámicas, mediocres y no están entre las mejores del mundo, y a esta opinión no es ajeno el hecho de que esta asociación fue fundada en el año 2001 por personas de las universidades gallegas. Y desde nuestra experiencia nos atrevemos a afirmar que este panorama es extensible a toda la administración pública y a buena parte de la empresa privada. Es un mal endémico de nuestro país. Pero volvamos al artículo.

Visto a grandes rasgos, el autor parte de la afirmación del filósofo Schopenhauer, que *sólo veía “mediocridad” por quintales entre los profesores de filosofía de su época*. También explica que según Kant *servilismo es signo de mediocridad, y lo más opuesto a la lealtad y la nobleza*. También menciona la idea de Ortega y Gasset que decía que *es costumbre muy española —tanto en lo*



social como en lo intelectual— premiar la medianía en detrimento de la excelencia. Y a partir de su crítica de los concursos de méritos afirma que hoy, como ayer, no es el mérito lo que abre las puertas de la universidad, sino el servilismo. Y finaliza el artículo con una afirmación drástica: Salvo honrosas excepciones, los grandes, los verdaderos filósofos o nunca entraron en las universidades o fueron expulsados de ellas.

Todo esto, según nuestra opinión, es extensible a todo el ámbito de lo público en nuestro país y las consecuencias las estamos sufriendo ahora mismo. Siguiendo, para explicarlo, la pauta del articulista, podríamos decir que **los grandes, los verdaderos profesionales o nunca entraron en la administración o fueron expulsados de ella.** Es evidente que esta afirmación hay que interpretarla en términos metafóricos, y que si existen verdaderos profesionales en la administración, pero lamentablemente están supeditados jerárquicamente a una pléyade de cargos políticos de libre designación en los que reina la mediocridad y el servilismo. Porque no hay que olvidar que por eso están donde están, por ser serviles al dedo que los nombra y por ser mediocres, y por tanto totalmente dependientes de su protector.

¿Y que consecuencias tiene esto en el funcionamiento del país? Pues que la ineficiencia y la corrupción son inevitables, ya que la prioridad son las directrices políticas y las consecuencias negativas que éstas -- y la ineptitud, no lo olvidemos -- puedan ocasionar son secundarias, y a partir de esto todo es posible, porque la relajación de los objetivos eficientes y honestos exigibles en una organización pública conduce mas temprano que tarde a su degradación. Vamos, a la corrupción, que es lo que tenemos ahora en abundancia. Y si a algún profesional destacado del ámbito público se le ocurre la nefasta idea de ser competente y honesto será marginado, ninguneado, y acosado, si es preciso, hasta provocar su autoexclusión.

Y este es el país que tenemos. O lo cambiamos profundamente o el futuro de nuestros hijos y nietos es y será tenebroso.

Octubre de 2014

Asociación Agacamt